

El mundo en una manzana

por Julia Otxoa

En Extrafonfolia hubo una vez un rey que tenía la manía de llevar y llevar al palacio todo lo más estrafalario: varias toneladas de lentejas cuadradas, 46 Sopotipandos de Singapur de tres patas coloradas, 80 elefantes de bolsillo... Hasta tal punto tenía todos sus aposentos desbordados este rey estrafalario, que día y noche miles de extraños cachivaches salían disparados por todas las chimeneas de palacio.

Pero a pesar de tener tantas cosas raras, no era feliz, muy al contrario, estaba muy triste, tanto, que tenía cinco kilos de pena negrísima aprisionada dentro del corazón que le pesaba una barbaridad. Todo venía de su loco deseo de tener el mundo entero para él solo. Pero claro, como eso era imposible, sufría a todas horas de una melancolía profundísima que le hacía llorar a mares. Primero lloró unos cuantos miles de lágrimas todas de golpe, que cayeron al suelo con gran estrépito, dando un susto de muerte a una pobre mosca que se había quedado adormilada al calor de un pequeño rayo de sol que entraba por la ventana. Luego, aquel rey tristísimo y estrafalario a más no poder, siguió llorando más lentamente millones y millones de lágrimas que en un plis-plas lo inundaron todo.

El agua de su copioso llanto lo inundó todo, cientos de extraños objetos vagaban a la deriva dentro de palacio. La vida en Extrafonfolia se convirtió de pronto en un lío enorme. Todo flotaba, había ovejas en los tejados, saltimbanquis en

la sopa, sillas dentro de las camas, peces enormes llamando a la puerta..., lo que se dice un horror y un extrafragor, un completo desastre. Con este panorama en la corte estaban asustados, aterrados y horripilados, pero no sabían qué hacer para que el rey dejara de llorar. Por más que pensaban y pensaban no se les ocurría nada. Mientras tanto, el soberano no dejaba día y noche de berrear: ¡Quiero el mundo entero para mí solo!

—¡Así no podemos continuar! —dijo el consejero mayor del reino—. Hay que buscar, husmear, olfatear y traer a los pies de nuestro rey el mundo entero.

Dicho y hecho. Rápidamente mil consejeros se pusieron a navegar en todas las direcciones. Pero claro, el resto de los reyes del mundo no querían en absoluto que el mundo entero fuera para aquel rey estrafalario. Y los mil consejeros tuvieron que iniciar el regreso a palacio, cabizbajos y hundidos en la más grande de las miserias. Pero cuando en medio de un fuerte temporal de ola de lágrimas llegaban ya con sus naves a Extrafonfolia, se encontraron con una diminuta niña de humilde aspecto que, mostrándoles una manzana, les dijo: «Yo tengo la solución en esta manzana. Puedo dar el mundo entero al rey». Cuando la oyeron los mil consejeros, se rieron tanto y con tal furia, que a muchos de ellos se les rompieron algunas costillas y otros perdieron sus dentaduras en medio de una gran confusión. Pero, pasadas unas cuantas horas, aburridos y agotados de tanto reír y reír, decidieron que

nada perdían en realidad con llevar hasta el rey a aquella niña. Así que, dicho y hecho. De inmediato la llevaron ante el soberano.

—¡Hola rey! ¡Yo soy la niña que tiene el mundo entero dentro de una manzana!

El rey, que en aquellos momentos navegaba aburridísimo a la deriva en su barquita por los salones inundados de palacio, pegó tal brinco que a punto estuvo de naufragar.

—¿Qué me dices? —el pobre rey estrafalario, cuando se ponía nervioso, siempre se equivocaba con las palabras—. ¿Cómo van a caber en esa cosa tan diminuta la cien ciudades de cristal y las otras cien hechas de pétalos de rosa que hermosísimas crecen al sur de la península de Anashipanda? ¿Y los lagos, los aeropuertos, los trasatlánticos, los elefantes? No te burles de mí.

—No me burlo, majestad. Tan sólo pretendo entregarte el mundo entero con sus días y sus noches, sus desiertos y sus glaciares. Para ello colocaré la manzana en uno de los grandes ventanales de palacio, y la luz del sol viajará sobre su verde piel según las horas, dibujando para ti, inmenso, el mundo.

Y la diminuta niña fue y puso la manzana en la ventana.

—¡Majestad, mirad! ¿No veis esa sombra alargada a la izquierda de la manzana?

—Sí, los veorr —dijo el rey entusiasmado.

—Pues esa sombra es el Valle de las Manzanas del que he venido para verte y



PABLO RAFAEL PRESTIFILIPPO.

curar tu tristeza. Y ahora, fíjate bien, ¿No ves también dentro de la sombra unos puntitos blancos que chispean y se mueven como si fueran estrellas del cielo?

—Sí, los veorr —dijo el rey entusiasmado.

—Ésos son los tres hombres tímidos que bailan con su sombra la noche de San Juan, alrededor de las hogueras que arden en las siete colinas que rodean el valle —prosiguió la niña.

Y entonces fue cuando el rey sonrió ampliamente mirando la manzana. Sonrió como no lo había hecho jamás en su vida, con una enorme sonrisa que se

extendió desde Extrafonfolia hasta Sebastopol.

—Y ahora mira con mucha atención, rey, porque en este preciso instante en que en el Valle de las Manzanas está cantando el petirrojo, comienza la historia que voy a contarte. ¿Ves esa pequeña mancha blanca que gira alrededor del fuego? Ése va a ser el protagonista de mi relato: el hombre tímido que tropieza y cae, y pierde su sombra y no la encuentra y llora desconsoladamente, porque, como todo el mundo sabe, un hombre sin sombra apenas es nada. Por eso, a partir de este preciso momento, remue-

ve cielo y tierra, sin dejar títere con cabeza, para encontrarla.

»Pero ocurre que el hombre tímido que ha perdido su sombra no sabe que en realidad su sombra huye de él, porque es una de esas sombras con sueños de grandeza, y aspira a tener por dueño a un alcalde, un médico o, por lo menos, a un cantante famoso, cualquier cosa antes que ser la sombra de un pobre hombre tímido que no tiene ni dos pesetas y media.

»Pero todo esto, el hombre tímido que ha perdido su sombra no lo sabe, y durante un año entero recorre el mundo en-

tero tras las huellas de su perdida sombra, hasta que al fin un día, realmente desesperado y cansado a más no poder, acepta gustoso la sombra de un gato chino que le ofrecen en Checoslovaquia.

»Al principio, anda por ahí feliz con su gatisombra, pero enseguida comien-

Al poco de llegar, adquirió a bajo precio la sombra de una simpática vaca. Por fin —pensó— con ella tendré garantizada la tranquilidad. Pero una vez más se equivocaba. Ya que no contaba que para los humanos, las vacas pueden resultar en exceso tranquilas y, claro, aquella vaca-

echó a descansar bajo un manzano para poder dormir un poquito y, tal vez, soñar con su vieja sombra perdida. Pensando, pensando... de pronto oyó una voz muy dulce que le hablaba desde el interior del tronco del manzano:

»—Si tú quieres, te ofrezco mi sombra, no la necesito, te la regalo. Florecerá en primavera y te dará frescor en verano.

»Al hombre tímido que había perdido su sombra el ofrecimiento le pareció maravilloso y lo aceptó encantado. Desde entonces, es feliz y ya no echa de menos su antigua sombra. Y cuando llega la noche de San Juan, las damas más hermosas de todo el orbe terrestre acuden a bailar con el hombre tímido que tiene sombra de manzano, porque sus ramas siempre están rodeadas de bellísimas flores blancas llenas de pájaros, y su olor recuerda el aroma profundo y dulce de las manzanas maduras en agosto.

Al acabar la niña su relato, el rey, impresionado, eclipsado, transportado, enajenado, exclamó:

—¡Qué historria tan fantástica! Quiero más historrias, cientos, miles de historrias.

—No, rey —dijo la niña—. Ahora serás tú mismo el que las imagines, el que imagine en las sombras que dibuja el sol sobre la piel de la manzana, la parte del mundo que quieras traer hasta palacio. Para mí, ha llegado la hora de partir, porque ya te he enseñado a soñar y tu imaginación puede ser la casa donde crear el universo. Adiós rey.

—Eso sí que no —gritó el rey—. Desde hoy este palacio será escuela de sueños, donde tú, niña de la manzana, enseñarás a los tristes, a los insatisfechos, a los melancólicos, el poder de los sueños. ¡Quiero que todo mi reino sea feliz!

—Está bien —dijo la niña—. Me quedará un poquito más.

Desde ese día, el rey estrafalario, mientras su diminuta niña enseña el arte de soñar a los que lloran, va tirando cientos de cachivaches por las ventanas, cantando y cantando sin parar: «Hay que tener valor, y tirarlo todo por el balcón».

Luego, al caer la tarde, todos los días se sienta con la niña frente a la ventana a imaginar países, montañas, caballos, estrellas, barcos y ballenas gigantescas, sobre las sombras que la suave luz del sol dibuja sobre las cosas.



PABLO RAFAEL PRESTILIPPO.

zan los problemas. A todas horas quería aquella gatisombra subirse por muros y árboles y tejados, persiguiendo pájaros y ratones, con lo que a punto estuvo nuestro protagonista de romperse la crisma en más de una ocasión. Así que un buen día, agradeciéndole los servicios prestados, despidió a la gatisombra y se echó a andar de nuevo tristísimo y sin sombra por el mundo.

»Un barco le trasladó hasta Tailandia.

sombra tailandesa a todas horas quería estar echada sobre los verdes campos rumiando hierbitas sin hacer nada. Aquella vida de extrema vagancia tampoco era la adecuada para el hombre tímido que había perdido su sombra. Es decir, también tuvo que despedir a la vacasombra, y se encontró de nuevo sin sombra.

»Entonces, realmente desesperado, decidió volver al Valle de las Manzanas. Nada más llegar, agotado por el viaje, se